

Carta de Buenos Aires.

Volver

Ricardo Dessau

Llega el ausente de veinticinco años atrás, y se encuentra con que le han dado vuelta como una media a la ciudad. No es que fuera imprevisible, sino que, a sus ojos, ni siquiera lo previsible ha quedado en pie. Por un lado, Buenos Aires se ha puesto de rodillas. Por otro, juega a levantarse hasta el cielo, vieja aspiración a juntar (aunque nunca, claro, en el mismo espacio, en los mismos barrios) al amo y al esclavo dentro de una imposible unidad. *Cartoneros*, mendigos y desesperados en todas partes. Opulencia, exceso y hasta excelsitud bañando con luz plácida sus desechos, precisamente porque todos ellos están ahí, en el hueso, en la pulpa y en la piel de la capital. Juntos y revueltos, y ya no, como antaño, separados –y tanto– en la unidad ficticia de la «patria».

La mezcla más abigarrada en el mismo centro de la ciudad, donde los contrastes llegan a su límite, es lo que al foráneo argentino le provoca una irreprimible sensación de circo, con su tropel de maestros de ceremonias (de rigurosa etiqueta), saltimbanquis, *ecuyères*, equilibristas, domadores de leones y los dueños del circo, naturalmente, que aunque no se ven, no por eso dejan de ser adivinados a través de los agujeros de la carpa. En la antiguamente muy exclusiva peatonal Florida, por ejemplo, niños de cinco años, descalzos, morenitos o rubios, da igual, hacen como que tocan un acordeón a medida, en busca del centavo de los muchos pesos que se le han cambiado al europeo o al norteamericano por sus dólares y sus euros en el feliz momento de la epifanía: su descenso a las pistas de Ezeiza. Se ríe y se llora al mismo tiempo (efecto mágico de los *clowns* sobre nuestras cuerdas sensibles), en alemán, en francés, en inglés, en neerlandés y en argentino de los bajos fondos, que han bajado ahora para quedarse, no faltaba más, entre nosotros. Pero a la caída del sol Florida empieza a vaciarse, muchos de los protagonistas no tienen dónde ir, y la «noche de circo», como todas, se llena de fantasmas: se duerme entre dos escaparates, envuelto en papeles de periódico o raídas mantas, o se deambula como un buen espectro a la caza de la nada o de algún incauto a quien saquear. ¡Ay, Florida, quién te ha visto y quién te ve! Apenas dos décadas pasaron entre una y otra

visión, pero es como si hubieran transcurrido «siglos, épocas, eras, edades estelares». Uno no puede sustraerse a la lúgubre sensación de haber resucitado de una muerte tan remota como la de los propios fundadores de la República o, más atrás en el tiempo aún, de algún virrey español.

Nos detenemos un rato en Florida, porque hoy como antaño (en los tiempos intermitentes de las «vacas gordas») sigue siendo el lugar apropiado para la «foto turística». Ayer los turistas podían fotografiar la elegancia sobria de una de las calles comerciales más pintorescas del mundo (confitería «Jockey Club», zapatos de «Spinelli» o de «Los Angelitos», tienda de camisas «Mac Gregor», todo esto, como el resto, desaparecido); hoy, si no se avergonzara uno de sí mismo, incluso –y ante todo, ¿por qué no?– podría dirigir su cámara hacia las decenas y decenas de despojos humanos recostados contra las fachadas (madres amamantando a sus bebés, mujeres jóvenes o viejas solas, parejas jóvenes balanceando el carrito donde duerme o gimotea un niño, hombres de mirada en la que se lee sin dificultad que han perdido la casa, el trabajo, la familia y la más mínima esperanza de recuperar nada), a la búsqueda del fascinante contraste entre el boato que aún queda, como los encajes de un vestido de novia carcomido por las polillas, y la desdicha que se afana a los costados, casi un comentario marginal al pie en el cuadro de un grande de la pintura (y lo que se nos ocurre es el perro paciente y somnoliento de *Las meninas*, abajo y a la derecha del espectador, último detalle que capta la atención, deslumbrada en primer lugar por la propia figura del artista que pinta). Un Sebastião Salgado podría haber hecho sin remordimientos esa clase de fotos, e indudablemente serían bellas, o un profesional animoso de las imágenes de tarjeta postal. Postales así, de contrastes extremos en el corazón de la gran urbe (la «Gran Manzana» despachurrada), no se venderían menos que las clásicas del Obelisco, la avenida 9 de Julio, el viejo San Telmo, las casas de chapas de La Boca o las cataratas del Iguazú.

Si pasamos uno y otro día por Florida casi en su cruce con la calle Viamonte, nos topamos invariablemente con una multitud de un centenar de personas formando corro alrededor de una pareja de bailarines de tango. Ella –vestido negro, medias caladas negras, zapatos de tacón muy alto negros– es siempre la misma. Él son «ellos», una variedad bastante amplia de *partenaires* que ponen el cuerpo para el exclusivo lucimiento de la mujer, que en el espectáculo del baile del tango es la verdadera estrella, el objeto erótico que centra las miradas de este público como de cualquier otro. Pero si uno de «ellos» es el que parece ser el dueño del cotarro –el mismo que, micrófono en mano, se encarga de convocar al gentío, presentar a los artistas, explicar el sentido de la «función» (y hay muchas «fun-

ciones», tras el debido descanso), demandar los aplausos y, finalmente, apelar al corazón y al bolsillo de los presentes—, entonces el protagonismo de la mujer parece ceder algo en beneficio del acompañante, a quien le bastan unos botines de compadrito que lo elevan varios centímetros por encima del suelo y un traje bien ajustado a tono para eclipsar por algunos segundos a la guapa, diestra y excitante «reina» del tango. Se pasa la «gorra», por supuesto, pero cuidando las formas. Y todo es tan exageradamente «formal», empezando por el cuidado y memorizado discurso del «maestro de ceremonias», que uno no puede menos que recordar a los viejos vendedores ambulantes de baratijas (que por lo demás han vuelto en tropel en esta nueva «década infame») del Buenos Aires de los años cincuenta, quienes las ofrecían a precio de ganga —y con un discurso semejante, lavado, planchado, almidonado y, palabra por palabra, idéntico en cada caso—, añadiendo invariablemente: «Y por si esto fuera poco...», tras lo cual endulzaban la oferta con un peine, una billetera, un espejito de mano, un bolígrafo o una docena de «ballenitas» para el cuello de la camisa o todo esto junto. No faltaban entonces los que, aparte de desplegar la mesilla portátil sobre la que era expuesta la mercancía, se enroscaban al cuello una víbora —una víbora de verdad—, con la que cautivaban al público y acrecentaban las ventas. Pero como tanto la víbora como el vendedor necesitaban un resuello, el animal iba a parar de cuando en cuando al suelo, no muy lejos de la mesilla, y así fue como se originó una leyenda, popularizada por un programa radiofónico cómico de la época. En la leyenda, pero también probablemente en la realidad, el vendedor decía: «Acérquese señora, compruébelo con sus propios ojos, pero, por favor... ¡no me pise la víbora!». De manera que hoy, el experimentado y memorioso testigo que acierta a pasar varios días seguidos por la intersección de Viamonte y Florida, al escuchar al compadrito bailarín y presentador, casi espera encontrarse con aquella misma víbora, sólo que dormitando ahora no junto a la mesilla de las maravillas, sino oculta entre los altavoces desde los que suenan, entre pausa y pausa, los poderosos tangos, a tal punto la escena evoca ese pasado «premoderno» incrustado en las tripas de la capital «posmotuda y peloderma» (según reza el título de una canción puesta de moda por el grupo musical Santa Revuelta, y en el que se juega con el ya internacional *pelotudo* —«gilipollas»— del argot porteño).

Lavalle (la antigua «calle de los cines») es otra *subhistoria*. Donde se cruza con Florida, una manzana antes de la avenida Corrientes, estamos en pleno «eje del mal». Lo que hace cuarenta, treinta, veinte años, era una desbocada «fiebre del sábado noche» de la clase media porteña, que llenaba a reventar una calzada de hecho para los peatones (hoy es formalmente

«peatonal», como Florida), hacía cola frente a uno de sus quince o veinte cines de «estreno», hurgaba en cualquiera de los locales de venta de entradas «a mitad de precio» (las «carteleras» de Lavalle), o se apelotonaba en los restaurantes, hoy es un páramo (todos los cines han desaparecido), un «barrio chino», un largo escaparate donde se exhibe y regodea la miseria humana, en la medida en que uno reúna las agallas y el estómago necesarios para echarle un vistazo de noche, cuando el espectáculo realmente empieza y Lavalle adquiere su atroz intensidad. Hacia un lado del cruce, Maipú y, un poco más allá, el Obelisco. Hacia el otro, San Martín y, algo más lejos, el puerto. Del Obelisco al puerto —más o menos mil metros—, Lavalle restalla como un latigazo en pleno rostro de la ciudad.

En el cruce con Maipú (sobre esta última calle) se encuentra Radio Nacional, la emisora del Estado (antiguamente, Radio El Mundo, una emisora privada). Desde las diez de la noche, las persianas de Radio Nacional están echadas. Quien quiera entrar, debe hacerlo por una puertita del costado, previo toque de timbre. Se explica: el edificio está prácticamente «rodeado». Basta dirigir la mirada hacia la esquina de enfrente, en diagonal: entre un montón de bolsas de basura desperdigadas, está sentado un hombre. Parece que se hallara estacionado ahí desde siempre —a tal punto se lo identifica con el «paisaje»— y que la inmundicia fuera, aparte de su medio de vida, su hábitat natural. La escena sugiere la de una posguerra, cualquier posguerra. Se cierra los ojos, y acuden a la mente imágenes de *Alemania, año cero*, la película de Rosellini sobre «los desastres de la paz» después de los desastres de la Segunda Guerra Mundial. ¿Argentina en guerra? Sí, un larga guerra silenciosa (o una larga posguerra, como se quiera ver) de la cual las «ruinas» de Lavalle levantan testimonio. Ese estrecho corredor que gime o aúlla al borde de la madrugada, se llena de seres extravagantes que visitan lugares sórdidos —bares de cuarta, tragaperras, locutorios, «megakioscos» (éstos van desplazando a los clásicos y pequeños «kioscos» de Buenos Aires, donde se vende de todo a toda hora, desde cigarrillos hasta aspirinas u hojitas de afeitar, en un país donde demasiadas cosas, ahora, pretender ser «mega», en correspondencia con la jerga económica: «megadeuda», «megacanje», «megainterés», quizá como conciencia exasperada de que la vida, para la mayoría, se ha vuelto de verdad «micro») — como antaño se llenaba de ciudadanos prósperos y «civilizados», en la época de los cines, cuando el tango, refiriéndose a la «gente bien», decía: «Paseás por Corrientes, paseás por Florida...». Hoy, pasear por Lavalle significa precisamente lo contrario: «mala gente» («mala junta»), es decir, «chorros» (ladrones), drogadictos, desocupados, mendigos, *cartoneros*, sujetos de «avería» en general.

Y exactamente a una manzana de distancia, eso, Corrientes. Caminando a la noche, tarde, de un día de semana, «la calle que nunca duerme» ¡pues duerme! Restaurantes vacíos, poca gente a la vista. Interminables hileras de taxis a paso de tortuga en busca de viajeros (hasta los médicos se han hecho taxistas) dan una apariencia de movimiento a una ciudad en el fondo inmóvil. Lo único que, aparte de los taxis, se mueve en serio son los *cartoneros* (probablemente el «oficio» más abundante en Buenos Aires), no sólo porque ha sonado su hora –la recuperación de cartones, papeles y objetos diversos de las bolsas de basura depositadas en las aceras: a la capital argentina no han llegado aún los contenedores municipales–, sino también porque, en medio de la soledad dominante, no pueden más que recortarse tristemente contra la escenografía de la ciudad. Como estos que ahora mismo avanzan empujando un pesado carro en nuestra dirección, por la calzada pero muy cerca del bordillo, nada menos que a la altura del grandioso complejo cultural General San Martín, el viejo templo –data de los años sesenta– de la cultura porteña. Han emergido como del fondo de una pesadilla, y parecen arrastrarse entre brumas. Componen la imagen espectral de una urbe que, por otra parte, está muy viva, igual que siempre, aunque cargue con sus muertos en vida a cuestas, tantos muertos vivientes como nunca en toda la historia del país.

«Viva», por ejemplo, está Buenos Aires, y a esa misma hora, en lugares más o menos apartados del centro tradicional, y que fueron creados e impuestos por las inmobiliarias, en combinación con los medios de comunicación de masas, siempre atentos a lo que se cuece en el sector. «Puerto Madero» es uno de ellos: sucesión, sin fisuras, de restaurantes de lujo, levantados en los años noventa (los del «milagro» argentino) junto al Río de la Plata, en la sección norte del vasto muelle, que en esa parte, precisamente, se llamó desde siempre así. Sólo que hoy, tanto para los argentinos ricos como para los turistas corrientes que se benefician de la devaluada moneda del país, el nombre no evoca barcos, ni grúas, ni depósitos de aduana, sino una especie de paraíso terrestre donde se cena (al menos en teoría) como en un buen restaurante de Londres o París, se es atendido *comme il faut*, se contempla el reflejo de la luna haciendo cabriolas sobre la superficie del río («el más ancho del mundo», no olvidar), y que además, *the last but not the least*, da lustre social, en una sociedad donde una reducida porción de la ya casi extinta clase media argentina se ha salvado de la extinción.

En otra franja del espectro, y en otra punta de la ciudad (Palermo Viejo, zona norte), en esta primera década del XXI han soplado nuevos vientos (nada portuarios), a cuyo amparo se han inflado las velas de una segunda invención. La llaman «Palermo Soho», o «Palermo Hollywood», con ese

gusto tan porteño por denominaciones y palabras extranjeras (dos ejemplos actuales, entre muchos; *delivery*, por «entrega a domicilio»; *outlet*, por «de ocasión»). Según cuentan, en este barrio de casas mayormente viejas y bajas, como tantos otros barrios sencillos de Buenos Aires, una inmobiliaria astuta les regaló viviendas a ciertas estrellas del espectáculo, las que a su vez proyectaron sobre aquél toda su luz. Como era de prever, las moscas empezaron a llegar a las inmediaciones del foco, y acabaron rodeándolo. Hoy los restaurantes, cafés literarios y demás, instalados desde hace tres o cuatro años en el barrio, irradian con luz propia, aunque tanto resplandor no basta para disimular, aquí como en cualquier otra parte, la presencia obstinada de «los condenados de la tierra». Se entra o se sale del lugar de moda, y se los encuentra. Así, el porteño con recursos, o con alguno (y con un mínimo nivel de conciencia) –al menos en «Palermo Soho», donde flota cierto olorillo democrático que no existe ni puede existir en «Puerto Madero»–, no tiene más remedio que vivir una suerte de «paz armada» consigo mismo, en la perpetua espera de que algún día llegue la paz de verdad.

Pero, mientras tanto, la vida sigue y la muerte en vida (cuando no la muerte a secas), también. Buenos Aires fascina y mata. Nadie queda fuera, ni siquiera quienes tratan de documentar esta fascinación y este crimen; en fin, quienes intentan decir algo verdadero de esta maldita, delirante y entrañable ciudad.